

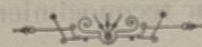
dumbre de conocer cuál sería el punto más débil ó más conveniente por donde pudiera emprenderse la salida, llegada la vez; para el efecto, se ordenó á los Generales Berriozábal, Alatorre y Llave rompieran los fuegos de fusilería y artillería sobre la línea enemiga, y cuando ya aquellos se hubieran generalizado emprender el primero de dichos Jefes, con una fuerza pequeña de su División, el asalto á la manzana que se halla al Sur de la calle de la "Obligación," previniéndose al Cuartel-Maestre que cuando este acto tuviera verificativo, se dejaran ver por la llanura las Reservas de la 4ª y 5ª División, entre los Fuertes de Zaragoza é Ingenieros, y la fuerza del General Negrete sobre los campamentos enemigos situados entre Rancho Colorado y Santa María.

Estas órdenes fueron exacta y valientemente cumplidas, habiéndose obtenido por medio de ellas el objeto deseado.

La situación cada día empeoraba más, y en esa virtud, el General González Ortega dirigió una carta á Comonfort el día 29, diciéndole en substancia que habiendo concluido las municiones de boca y guerra con que contaba la plaza, ya no le sería posible el seguir defendiéndola; y que por lo mismo, dejando tranquila su conciencia, había llegado la ocasión de romper el sitio, acto que había dispuesto realizar el próximo 2 de Mayo; lo que le participaba para que colocándose en un punto conveniente, lo ayudara para el buen éxito de la operación.

En la plaza se dieron las órdenes correspondientes, aunque con el tacto y la reserva necesarios, pues no se quería dar al procedimiento los caracteres siniestros de la fuga sino los de la ejecución de un acto, "meditado fría y glacialmente y llevado á cabo con calma, aunque motivado por la necesidad."

Acordado y resuelto el plan, vencidos los inconvenientes que se presentaban y dadas las órdenes respectivas para su buena realización, estando ya todo listo, se recibió una carta de Comonfort en que manifestaba se suspendiera el paso que se iba á dar, en virtud de las nuevas instrucciones que había recibido del Supremo Gobierno, cuyo Jefe, el C. Presidente de la República, se presentaría dentro de algunas horas en la ciudad de Texmelucan, que era el Cuartel-General del Ejército del Centro.



CAPITULO XXVIII.

Nuevas instrucciones.—Ordénase á Comonfort la introducción de un convoy de víveres en la plaza.—Cange de prisioneros.—Actitud del ejército sitiador.—Acción de San Lorenzo.—Derrota de Comonfort.—Comunicación de Forey á González Ortega acerca del suceso, y digna contestación de éste.—Parte de Comonfort.—Carta de varios Generales proponiendo á González Ortega el abandono de la plaza, sin pedir capitulación.—Niégase el General en Jefe.—Dispónese el rompimiento del cerco y la salida.—El General Forey impide á balazos la salida de la plaza de familias y ciudadanos pacíficos.—Conducta inhumana del invasor.—Nuevos combates.—Junta de guerra.—El General Mendoza sale como plenipotenciario al campo enemigo.—Resultado de su comisión.—Desesperada situación.—Nueva junta de guerra.—Resuélvese la entrega de la plaza.—Orden memorable del 17 de Mayo.—El Ejército de Oriente se rinde á discreción sin pedir ninguna garantía.—Comunicaciones de González Ortega á Forey y al Supremo Gobierno.—Término del Asedio.

En esas instrucciones, transcritas en debida forma al General González Ortega, se decía: "que el Supremo Magistrado de la Nación estaba persuadido de que el Cuerpo de Ejército de Oriente continuaría defendiendo, como lo había hecho hasta entonces, la plaza de Zaragoza, mientras no le faltaran municiones de boca y de guerra, y que por lo mismo imponía al General Comonfort como primera y urgentísima obligación, la de introducir víveres en la ciudad atacada: que si esta operación fracasaba por algún incidente desgraciado, el Cuerpo de Ejército del Centro debería proteger, de cuantas maneras le fuera posible, la salida del de Oriente; y que si ni aun esto podía llevarse á cabo con buen éxito, el Gobierno prefería afrontar todas las consecuencias, y quería, por consiguiente que se librara una acción, á la que concurrirían ambos Cuerpos de Ejército, al mando del General en Jefe del de Oriente."

Comonfort manifestó al General González Ortega que iba á cumplir con lo que se le tenía ordenado en las preinsertas instrucciones, y al efecto comunicaba que la introducción del convoy se verificaría por San Pablo del Monte, por cuyo rumbo esperaba ser auxiliado en sus operaciones por el Ejército de Oriente; y que los puntos y camino por donde aquél debería hacer su marcha, así como los días en que ésta se verificara, los señalaría con fogatas de noche y con fuertes y visibles humaredas durante el día.

González Ortega contestó de conformidad, exponiendo que prescindía salir de la plaza; que apoyaba el plan propuesto, ofreciendo que sus tropas protegerían decididamente las operaciones del Ejército del Centro, y dió orden inmediatamente para que se colocaran vigías en las torres de Catedral y en el cerro de Guadalupe, á fin de que estuvieran pendientes de las señas ofrecidas y para que el General Negrete estuviera listo con la Reserva General.

Las obras de contravalación á la plaza continuaban con mucha actividad, y durante los días 3 y 4 de Mayo los fuegos fueron muy nutridos: el último de estos días, el General González Ortega celebró un canje de prisioneros con Forey, estipulándose que éstos serían canjeados grado por grado y hombre por hombre, llevando consigo sus armas; quedando comprendidos en el arreglo los prisioneros heridos, aun cuando continuaran curándose en los hospitales en que se hallaran.

En consecuencia de lo anterior, fueron canjeados 3 Capitanes, 2 Tenientes, 3 Subtenientes y 160 individuos de tropa, comprendidos 57 heridos franceses y 92 mexicanos.

La mañana del 5 se dió aviso al General González Ortega de que se notaba fuego de fusilería hacia el pueblo de San Pablo del Monte: se mandó que se alistaran todas las tropas, y se previno al General Negrete saliera en el acto con una fuerte columna de las tres armas hasta colocarse en la llanura que existe al frente del referido pueblo de San Pablo del Monte, sosteniendo entretanto el fuego que se le hiciera de la línea enemiga, como lo verificó.

Trasladado en el acto al cerro de Loreto el General en Jefe, cuando llegó á éste, los fuegos habían cesado del todo; sin embargo, dispuso que la columna que había salido fuera de las murallas, permaneciera en la llanura donde se encontraba, con el objeto de romper

la línea francesa tan luego como se observara algún movimiento del Ejército del Centro, mas no habiendo tenido verificativo esto último, las tropas regresaron á la plaza, ya de noche, lo mismo que el General González Ortega.

El 6 volvió á repetirse el mismo aviso: se mandó que las piezas de grueso calibre con que se hallaba artillado el Fuerte de Loreto, hicieran algunos disparos sobre las fuerzas avanzadas de la línea enemiga, como señal de inteligencia; y la columna mandada por el General Negrete volvió á salir al campo, situándose en un punto conveniente, teniendo que sostener un recio y nutrido fuego de cañón y que rechazar una fuerza de infantería y caballería de los sitiadores que se desprendió del cerro del Conde.

Esta salida obtuvo el mismo éxito que las anteriores, teniendo que volver á la plaza la columna referida, pues ningún aviso anticipado se había recibido del Jefe del Ejército del Centro respecto de las operaciones militares que estaba practicando, lo cual hacía estériles los esfuerzos y sacrificios de los defensores de la ciudad atacada.

Las municiones de boca habían vuelto á agotarse enteramente, no obstante las eficaces requisiciones de víveres hechas en la ciudad, teniendo los soldados que recibir una escasa ración; y el espectáculo de una ciudad de 40 ó 50,000 habitantes, presa del hambre más atroz, presentaba cuadros horrorosos que la pluma se resiste á describir, pero cuya contemplación desgarraba el corazón.

Después de los sucesos del día 25 de Abril, el enemigo se convenció de que le era imposible tomar la ciudad á viva fuerza, en razón de que la moral de sus soldados había decaído notablemente á la vez que había subido la del Ejército Mexicano, pues según refiere el conde de Keratry¹ "ya se disponía el campamento para acuartelarse durante la mala estación frente á los muros de Puebla. El cerro de San Juan, adonde se había situado el Cuartel General, comenzaba ya á cubrirse de barracas de madera y chozas de adobe destinadas para las tropas."

Habla en seguida de la insuficiencia de los cañones de sitio del ejército invasor, y concluye asegurando, que después de la toma de

¹ Elevación y caída del Emperador Maximiliano, págs. 26 y 27.

Puebla poco faltó, sin la insistencia de los Generales de División, para que se aplazara la marcha sobre México.

Forey, en el parte que envió á su amo Napoleón 3º, respecto de las operaciones del asedio, estampa entre otros los siguientes conceptos, notables por más de un título:

“Después del asalto infructuoso de Santa Inés, el 25 de Abril, debía investigar cuidadosamente las causas de no tener resultado nuestras operaciones y los medios de remediarlo. La mayoría fué de parecer que prescindiéramos de insistir en atacar á viva fuerza los islotes, en cuyas operaciones frecuentemente chocábamos con obstáculos enteramente imprevistos y que nos causaban graves pérdidas sin resultado provechoso.”

A su vez, el General González Ortega decía: que si el ejército francés suspendió sus ataques y asaltos en esos días, no fué “porque éste pensamiento estuviera en su plan militar sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendía cuando era rechazado en distintas direcciones; cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus más aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descalabro.”

El enemigo se limitó, pues, á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde sus parapetos, “y si esto, agrega el Jefe del Ejército de Oriente, honra á los generales franceses ante la razón y la filosofía, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener, salvando á sus tropas y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército sino un pueblo el que defendía dentro y fuera de las murallas de Zaragoza, la autonomía de su patria, su honra y sus derechos; un pueblo que se había resuelto á sacrificarlo todo antes que permitir que sufrieran en lo más mínimo alguno de aquellos caros objetos que son los que forman la vida moral y política de una nación libre.”

El día 8 por la mañana, se dió aviso al Cuartel General de que se notaba un fuerte y nutrido fuego por San Lorenzo: trasladado en el acto al cerro de Loreto el General en Jefe, después de dar las órdenes correspondientes para que estuviera lista para cualquiera operación la columna de reserva mandada por el General Negrete, cuando llegó á dicho lugar los fuegos habían cesado del todo; y como el General Comonfort no sólo no había dicho, pero ni aun indicado que

tendría que hacer movimiento alguno por San Lorenzo, la duda y la incertidumbre se apoderaron de González Ortega, quien no podía explicar aquella obscura y malhadada situación; mandó, sin embargo, que el Fuerte de Loreto rompiera sus fuegos sobre algunos puntos avanzados del enemigo, como elocuente aviso de que la plaza estaba lista para auxiliar las operaciones de sus compañeros del Ejército del Centro, en caso de que éste se propusiese realizar la principal que tenía encomendada.

La incertidumbre continuaba, pues, más completa y alarmante, y de ella sacó al General en Jefe del Ejército de Oriente una nota de Forey, de fecha 9, en la que le participaba que la fortuna le había concedido el día 8 un triunfo importante sobre las tropas del General Comonfort, quien dejó en poder de los vencedores un millar de prisioneros, entre los que se encontraban 56 Oficiales, 8 piezas de artillería, 3 banderas, 11 banderolas, 20 carros cargados, 400 mulas, carneros y armas.

“Tal es, concluía el general francés, la verdad exacta del hecho de armas, que no os refiero sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere más que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad, en este desgraciado país que arruina y desola la guerra civil.”

La antecedente nota, tan inconveniente é ilógica como todas las de Forey, se presta á comentarios muy desagradables, pues nuestra limitada capacidad no alcanza á comprender cómo el triunfo de San Lorenzo podía operar el milagro *sui generis* de abrir los ojos á los ciegos que, inflamados por el fuego sagrado del patriotismo defendían la libertad y la independencia de su patria; y cómo el referido general llamaba hombres sensatos de México á quienes sólo eran viles traidores, y trataba de establecer con ellos la libertad y el orden, cuando tan repugnantes auxiliares empezaban por vender á su patria á cambio de intereses personales, inspirando por ello el horror y el justo desprecio de la Nación.

Esa nota, repetimos, fué contestada en los honrosísimos y elevados términos siguientes:

“Cuerpo de Ejército de Oriente.—General en Jefe.—Zaragoza, 13 de Mayo de 1863.—Sr. General en Jefe: Tengo la honra de acusar

recibo á V. E. de su comunicación de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los 7 prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la Convención del día 4 de este mes, y además 15 soldados heridos que pertenecen al Ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalecencia.

“Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme, relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el día 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

“Buenas y laudables, Sr. General, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo también me permito decir á V. E., consultando sólo de una manera fría y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nación toda, en cuyo suelo nació, pasará por todo, *absolutamente por todo*, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó manchar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervención extranjera en los negocios de su política interior.

“Veo en la comunicación de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestación que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano, que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, *será infructuosa* al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nación, *no es tanto que pueda sobreponerse* á la opinión de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.

“Sirvase V. E., Sr. General en Jefe, admitir las protestas, etc.—General en Jefe del Ejército Mexicano de Oriente.—*Ortega*.—A S. E. el Sr. General Forey, en Jefe del Ejército expedicionario en México.”

Comonfort rindió el siguiente parte, referente al hecho de armas á que estamos aludiendo:

“*Sr. Ministro de la Guerra*.—Venta del Capulín, Mayo 8 de 1863.—A las 10 de la mañana.—La posición de San Lorenzo, que estaba defendida por la 1.^a División, ha sido atacada á las 5 de la mañana de hoy por una fuerza enemiga en número de 10 á 12,000 hombres.

El combate se sostuvo durante hora y media, hasta que abordada y envuelta la posición por el enemigo, fué abandonada por los restos de la División que pudieron salvarse.

“La derrota de la 1.^a División dió por resultado que las demás se retiraran hasta el punto de donde las hago seguir hacia San Martín, para volver á ocupar las posiciones convenientes, á fin de que el enemigo no corte al General Garza que se halla en Ocotlán.—*Comonfort*.”

A propósito de este memorable hecho de armas, hé aquí lo que dió un periódico de San Martín Texmelucan, en recordación del décimo séptimo aniversario de aquel suceso:

“Todo el mundo conoce el resultado de la jornada de San Lorenzo, y para qué hacer reminiscencias verdaderamente molestas; sólo diremos lo que no saben muchos, pero que nosotros, testigos presenciales, no lo olvidamos: envuelta la División de vanguardia por las columnas francesas; hechos prisioneros algunos Cuerpos y Jefes, entre los cuales estaba el Coronel Sóstenes Rocha; el General Comonfort, apoyado en las fuerzas de Sinaloa, contuvo el desorden que ya cundía: quiso atacar de nuevo, haciendo un esfuerzo supremo para salvar aquella situación en que se jugaba el porvenir de la patria; pero convencido de lo inútil de ese sacrificio ordenó la retirada, y resolvió precipitarse él solo sobre una columna enemiga para no sobrevivir á ese desastre; y así lo hacía en un acceso de enajenación que tuvo, á todo el correr de su caballo, cuando si mal no recordamos, sus ayudantes de campo Julián Cerda, Vicente García Torres (hijo) y José María Casasola, lo seguían con una velocidad vertiginosa, logrando alcanzarlo y detenerlo, entablado allí una lucha de persuasión, de súplica, y por último de fuerza, porque tuvieron que ganarle la brida para hacerle retroceder, pasando esto bajo los fuegos del enemigo que avanzaba.

“Parécenos ver todavía al General Comonfort de regreso á su Cuartel General, montando un caballo tordillo que se desangraba por tres heridas de bala que recibió en el campo de batalla, precediendo á sus ayudantes con algunos soldados heridos también, que tenían el suficiente vigor para caminar.

“Sombrio, taciturno, sin hablar con nadie, entró á su alojamiento el General y ordenó á su secretario escribiera el parte correspondien-

te, que á pocos días vimos publicado en los periódicos de la capital, y en que pedía se sometiera á un Consejo de Guerra para responder de su conducta, lo cual no merecía, pues el descalabro que sufrió fué una de tantas peripecias, y así lo consideró el Gobierno de la Nación."

No obstante la pérdida de San Lorenzo, la noticia de este desastre no enfrió en lo más mínimo el ardor bélico de los heroicos defensores de la ciudad de Zaragoza; sin embargo, los Generales Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre y Llave, subscribieron una nota que dirigieron al Jefe del Ejército de Oriente, en la que substancialmente lo conjuraban para el abandono de la plaza, una vez que ésta, que necesariamente debía perderse, no comprendían por qué se insistía en defenderla; y concluían diciendo, que no estaban por celebrar capitulación alguna con el sitiador.

González Ortega contestó la anterior nota con otra que, como todas las suyas referentes á la campaña, estaba llena de dignidad y del más ardiente patriotismo: en ella les manifestaba, entre multitud de argumentos henchidos de prudencia y buena fe, "que él, por su parte, no proponía ni admitía capitulación alguna; y que aunque tenía la conciencia de que la plaza habría de perderse, la tenía también de que había obtenido una victoria con sólo la prolongación de la defensa, y que de esta manera era como se explicaba la constancia que había tenido en defenderla y en no abandonarla; pues que los mismos señores Generales sabían que en los sitios modernos, las plazas de primer orden sucumbían casi siempre antes de los 31 á 40 días, y terminaba recordándoles sus deberes como soldados, y muy especialmente los compromisos que se habían contraído en la Junta habida en Palacio antes de dar principio al asedio de la plaza."

Escribió de nuevo al General Comonfort, diciéndole que habiendo fracasado la empresa de introducción del convoy, iba á romper el cerco el día 14, y que esperaba que el Ejército del Centro lo auxiliara llamando simplemente la atención del enemigo hacia el pueblo de Ocotlán.

A los Generales que mandaban Divisiones, se les dieron las órdenes respectivas; al Comandante General de Artillería se le previno que alistara 30 piezas, para las cuales únicamente había la dotación de parque correspondiente, y que verificara el rompimiento é inuti-

lización de las demás en los términos acordados; y al Cuartel-Maestre se le ordenó formular el plan para romper el cerco y salir de la plaza el Cuerpo de Ejército de Oriente.

Por lo que hace al enemigo, sus ataques débiles, por motivo de los sucesos del 25 de Abril, comenzaron de nuevo de una manera ruda y vigorosa, aunque sin abrir nuevas brechas ni intentar nuevos asaltos.

Los combates empezaron fuera de las murallas, teniendo que hacer de noche repetidas salidas las fuerzas que se hallaban á las órdenes del General Patoni, pertenecientes á los Estados de Durango y Chihuahua, y que defendían el Fuerte de Ingenieros; las que mandaba el General Pinzón, correspondientes al Estado de Guerrero y que guarnecían el Fuerte de Zaragoza, y las que obedecían al Coronel Joaquín Sánchez Román, correspondientes á Zacatecas y que custodiaban el Fuerte del Carmen.

El 11 los fuegos fueron bastante nutridos por el Sur de la ciudad, y el 12 todavía más, fuera de las murallas y durante la noche.

La tarde de este día una multitud de familias, compuesta de mujeres y niños, acosada por el hambre, se decidió á afrontar la muerte intentando salir de la ciudad; y aquel ejército de seres escualidos y macilentos, formando una gran caravana y llevando banderas blancas, intentó pasar la fortificación enemiga, tomando para ello la arquería que hay del Carmen á lo que se llamó Fuerte de Ingenieros; mas las tropas francesas, con un refinamiento de crueldad indigno de un país civilizado, hicieron fuego sobre esas masas inofensivas, dignas de toda consideración, y las cuales se replegaron á las casas de la ciudad en medio de la confusión más espantosa; y aunque intentaron hacer una segunda salida, tomando las madres de la mano ó llevando en brazos á sus pequeños hijos, volvió á repetirse la misma escena de destrucción, teniendo que regresar á sus hogares, presa de la más horrible angustia, esos seres desgraciados, víctimas inocentes de la brutalidad y del cálculo frío é indiferente de la barbarie francesa.

A este respecto creemos oportuno el recordar que desde el 28 de Marzo, casi al comenzar el asedio, los señores Agente Consular de los Estados Unidos de América y Vicecónsul de Francia, gestionaron cerca de los Jefes de los Ejércitos Mexicano y Francés la salida de la

ciudad de muchas familias pacíficas, que no habiendo podido verificarlo durante el plazo concedido en la resolución del 14 del mismo mes, que tenemos publicada, esperaban se les concediera el poder hacerlo, á fin de evitar los efectos del terrible bombardeo que estaba sufriendo la plaza.

El General González Ortega, abundando en sentimientos filantrópicos y altamente humanitarios, accedió desde luego á la solicitud; mas no así el Jefe francés que negó á los comisionados referidos la gracia solicitada, haciendo alarde de una ferocidad indigna de un pueblo culto.¹

El General Patoni, previa la aprobación superior, hizo una salida el día 13 sobre las paralelas y puntos retrincherados del enemigo, sin más objeto que el de poner en claro "las potencias de los parapetos de éste, la colocación de sus fuerzas y el número que de éstas defendía las obras de contravalación y puntos elegidos para sus emboscadas."

La salida se verificó en buen orden y el ataque estuvo sangriento y reñido, habiendo quedado muertos sobre el glasis de las obras francesas, Jefes, Oficiales y tropa de los valientes hijos de Durango y Chihuahua que dieron la carga.² Y no sólo estas valientes tropas es-

¹ Decía el *Diario Oficial*:

"Todos los que abriguen un corazón bien puesto, lo sentirán conmovido de indignación al saber la odiosa conducta del jefe de la expedición francesa con respecto á los habitantes indefensos de la ciudad de Zaragoza. La repulsa que han sufrido los agentes consulares de los Estados Unidos y de Prusia, al pretender del General Forey que se facilitase la salida de la plaza sitiada á las mujeres y á los niños, acaba de acentuar, por decirlo así, el bárbaro espíritu que ha desplegado el Jefe francés desde que puso el pie en el territorio mexicano. Este rasgo de encono contra seres débiles, indefensos é inofensivos, es un eslabón más que forman en la cadena el fusilamiento de Berardi, las deportaciones á la Martinica y otros hechos de la misma naturaleza.

"Parece que de propósito quiere hacerse más y más odiosa esta guerra, sobre la cual pesa ya la reprobación del mundo entero."

² A propósito de este memorable episodio de la guerra, entre los varios hechos de valor y heroísmo referidos en las relaciones y partes oficiales respectivos, extractamos los siguientes:

"Uno de los soldados de las fuerzas mexicanas referidas, herido gravemente de las dos piernas, se liga las heridas con el auxilio de sus compañeros, y sosteniéndose del muro, sigue haciendo fuego sin permitir que lo quiten de su puesto.

"Otro cae herido, entre otros muchos, en la llanura que se interponía entre el Fuerte de Ingenieros y los parapetos levantados por los sitiadores, y arrastrándose recoge algunos cadáveres de sus compañeros, y formando con ellos una trinchera después de haberles quitado las cartucheras, sigue haciendo fuego durante el día."

cribieron con su valor una página gloriosa en la crónica de la defensa de Puebla: rasgos de tanto heroísmo como el anterior, se repitieron é hicieron hasta comunes por soldados de los Estados de Puebla y Veracruz, de Jalisco y Aguascalientes, de México y el Distrito Federal, de Chiapas y Guerrero, de Oaxaca y Tlaxcala, de Michoacán y Querétaro, de Guanajuato y Nuevo León y de San Luis y Zacatecas.

Habiendo quedado consumido el parque casi en su totalidad, lo mismo que los víveres; no habiendo contestado el General Comonfort la carta en que el Jefe del Ejército de Oriente le comunicaba el plan del rompimiento del cerco y salida de la plaza; agotados todos los medios de defensa y perdida toda esperanza, el General González Ortega, atendiendo á esto, mandó citar una Junta de Guerra, á la que concurrieron los Generales Mendoza, Paz, Berriozábal, Negrete, Antillón, Alatorre, Llave y Mejía.

"Reunidos estos señores, dice González Ortega, les hice presente, de una manera sucinta, la situación en que se hallaba la plaza; los medios de que se había valido el Cuartel General para la introducción de víveres desde el principio del asedio; las fuerzas que con este objeto había hecho salir de la ciudad, de las que no habían vuelto ni la más pequeña fracción, porque quedaron agregadas, por disposición superior, al Cuerpo de Ejército del Centro; la resolución que había tomado para salir de la plaza, así como el contenido de las cartas que con el mismo objeto dirigí al General Comonfort, de las que no había recibido hasta entonces contestación alguna; y finalmente les manifesté, cuáles eran las instrucciones que últimamente había recibido del Gobierno, en las que se me prevenía que cuando le faltaran municiones á la plaza, de boca y de guerra, ó alguno de estos dos elementos, rompiera el cerco para salvar todo el material de guerra posible y muy especialmente al personal del Cuerpo de Ejército de mi mando; pero que se ponía como una condición previa en las mismas instrucciones, la de que cuando fuera indispensable practicar esta operación concurrieran ambos Cuerpos de Ejército; y que cumpliendo por mi parte con el contenido de ellas, había hecho salir de la plaza en esos días algunos correos, de los que hasta esa hora no había dado la vuelta uno solo, y que en consecuencia, ignoraba aún el punto donde pudiera hallarse el Cuerpo de Ejército del Cen-